

Declaracion y Retraccion de Fran.<sup>co</sup>  
Constitucional de Mont-Blanc.

15485 16  
Theobaldo Parnes obpo

Alejado después de algun tiempo, en que la mentada agra-  
vada vin cecar los prestigios al derredor de mi, y en el que mi alma a-  
gitada continuamente con los temores, y esperanzas, y con la turbulen-  
cia de las pasiones, y remordimientos se veia casi imposibilitada á remon-  
tarse sobre si misma, pude en fin reflexionar en el silencio del retiro,  
y en la quietud de las pasiones, sobre la infeliz carrera que acababa de andar.  
Cada reflexion aumentaba mi confusion; y cargando el yelo apeso, que me cu-  
bria a mi mismo, me descubria, las feidas plagas de mi alma, y el horror  
y castigo de mi conciencia. Corrido de frecuencia ala vista de un aspecto tan  
deplorable, me vi tentado de escondermene de una vez tan importuna para  
mi, anhelando casi por el tiempo de mis ilusiones; pero bendito sea el Dios  
de las misericordias! su gra triunfo de mi resistencia, y derramando su ad-  
mirable luz hasta lo mas secreto de mi corazon me hizo conocer el punto de  
orgullo a que habia tocado, y la ceguera, q.<sup>a</sup> me habia sacrificado a este vicio.  
En mis mas estrechas obligaciones, y aun la muerte de mi eterna felicidad. Ah!  
que insondable era el abismo en que estaba sumergido! Como podria repara-  
rar tantos escandolos, tantas profanaciones, tantos sacrilegios? Descubri-  
re S.<sup>r</sup> y confesare humildem<sup>te</sup> mis infidelidades, y las publicare con  
aquella sinceridad, que sola puede vez capax de reparar de algun modo los  
males, de que he sido el Autor, o alomenos la ocasion, y de esta miseri-  
cordia aceptando este sacrificio borra mi iniquidad.

Diez años ha que poseia el Curato de S. Pedro de Alby-  
ni en el Obpo. de Chamberi: vivia, y tendia talor p.<sup>a</sup> devalo? vivia  
con una reputacion de virtud q.<sup>a</sup> los hombres conceden frecuentem<sup>te</sup> a los  
de unas costumbres austeras: mas, vos oh Dios, que escudrinais los corazones,  
vos veiais que mis obras eran sin alma, que un amor propio secreto, y  
refinado era mi unico movil, y ufano con la idea de mi merito, me veia  
comprehendido de vuestro descontento. Con semejantes disposiciones mi espiri-  
tu se dio a la conuena, y mi corazon a la inordinacion. Facilmen-  
te da oidos a las quejas, que se dirigen contra la auidad, y no tardan



un apoyo. Me tornó la libertad y tradía a censurar la Autoridad, ya me parecía necesitada de reforma, y en fin ya no me sujetaba a ella sino por prudencia. Funesta progresión del orgullo, que desvenos no causaste en mí! La infeliz Epoca que introdujo en Saboya el Reynado de la licencia, y que la impiedad debía penetrarme de dolor, y suscitarme mi Religión, pero todo lo contrario: Esto fue el momento de mis esperanzas, y desvíos de los lingüentes. Minaba la libertad francesa aquella planta tan fecunda de todos los vicios, bajo de un aspecto muy agradable, y irrisorio, y la igualdad fruto de un orgullo en delirio. Me parecía ver la Aurora del marhuero día; que turbieblas tan densas cubrían mi espíritu. La Francia rebullía hasta los mismos fundamentos, y trabajada de las convulsiones, que renacían sin cesar: la Religión atacada hasta en sus Dogmas, en su Moral, y en su Disciplina: El Clero fiel fugitivo, sin poder esconderse del azero acrio no de los impíos, que guardaban las Fronteras; nada de esto fue suficiente para hacerme volver en mí. Enamorado del regimen, que iba a establecerse, procuré comunicar mi entusiasmo a mis Feligreses, les anuncié las ventajas del Reyno de la Fraternidad: En fin acepté con mucho gusto el título de Diputado de la Asamblea, llamada de los Allobroges, y testigo de las escenas escandalosas, que se representaban, convencido y aun condescendiente, que se aumentaban las esperanzas que había concebido del nuevo regimen.

Tales eran mis disposiciones quando los Comisarios de la Convención Nac.<sup>l</sup> publicaron en Saboya esta proclamación tan deseada de los impíos, tan temida de los Fieles, y que destinada por sus Autores para destruir el sagrado Ministerio, para cubrirle de oprobio, les presentaba la ocasión de un glorioso triunfo. La supresión de los Obispos de Saboya, una reunión bajo el título de Mont-Blanc, la obligación de obedecer a los Decretos de la Asamblea Nacional: una orden a todos los Eclesiásticos empleados en el servicio del culto p.<sup>a</sup> prestar un juramento sin explicación ni restricción; tal era el contenido de esta desgraciada Proclamación. Ya los excozes, que la Constitución civil del Clero introducía en Saboya, habían sido condenados por el Sumo Pontífice en un Breve de 40 de Marzo de 1795, ya este Sumo Pontífice había prescrito a todos los que habían jurado de sostener esta Constitución la obligación de retractar este juramento. Los Obispos de la Ig.<sup>a</sup> Galicana habían ya manifestado su adhesión a este juicio, y acordes con la



mayor parte del Clero habian dado pruebas en su conducta de una constancia, que ni el destierro, ni las privaciones, ni los suplicios podian vencerla. En fin mi Obpo. mis Superiores, y hasta los mismos fieles se reunieron para anunciarme el cumplimiento de mis obligaciones; pero en balde: pare por todas las consideraciones, y asociandome a los impijs faccedores que conternaban la Iglesia, y el Estado, puse el juramento ya citado.

En consecuencia de esta conducta tan funesta, adope un sin numero de errores. La 1.<sup>a</sup> este divino establecimiento, que tiene al mismo Jesu. Christo por Autor, la aplicacion de sus infinitos meritos por medio, y la valor eterna por fin, entregué, en quanto estaba en mi, al poder humano y al delirio de unas especulaciones filosoficas. Tuve valor de dar sin honores a este poder civil, desechando los Obpos. puestos por el Espiritu-S.<sup>o</sup> para gobernar la Ig.<sup>a</sup> habian perdido su autoridad. Vi a este poder extender, o destruir la Jurisdiccion de los Obpos. como las de unos Gobernadores de Provincia. Temi atentados, que destruyeran la autoridad de la Ig.<sup>a</sup>, y la independencia de su Gobierno: que transformaran la idea de un poder espiritual, y de un ministerio sagrado, y que de este modo venian a tocar en los fundamentos de la Teologia encontraron insuperable. Me jactaba de una submisión sin limites a la Autoridad, que gobernaba la Saboya; entregado a mi espíritu de ilusion, me obstinaba mas, y mas, y en obedeciendo en medio de mi obstinacion, me preparaba para caidas todavia mas funestas. En este tiempo la Asamblea Electoral me presento una bella ocasion nombrandome Obpo. de Mont-Blanc. La irregularidad de esta eleccion la novedad de este titulo, la usurpacion de las villas de quatro Obpos, que todavia vivian, podrian hacerme retroceder de su admision; pero, Oh fascinacion inconcebible. Acepte sin dudar, y a la vista de mi Obpo. de aquel venerable anciano, que desde entonces principiaba ya su prolongado martirio, y daba a su Clero la leccion mas instructiva, y fiel me tuve la opadia de llegar a la Catedral, y dar gracias a la Asamblea Electoral. Sin embargo se que todas las circunstancias de esta eleccion podrian haberme abierto los ojos; pues que los Electores habian recibido de todos los Comunes el Deseo, de verme



cion mas expuesta, si no consentia la mas minimissima innova-  
cion en el orden Religioso. Y fiel a este mandato se habian retirado  
quando se procedio a mi eleccion. No viendo, pues, esta hecha por el Pueblo,  
sino por algunas personas ineligibles, con todo no temia rubor de llamar  
la una eleccion conforme a la Disciplina de la 1.<sup>a</sup> primitiva.

Despues de tales provaricaciones, nada me podia detener, en  
la carrera, que havia emprendido. Escriti, pues al Summo Pon-  
tifice dandole parte de mi eleccion: cumpli con esta formalidad vano  
e insultante para el Pefe de la 1.<sup>a</sup>, y viis aguardar respuesta, mis-  
bi en Leon a tres Obispos Constitucionales una sacrilega ordenacion.  
Tomo nombre de Obispo de Mont-Blanc y publicand por este nue-  
vo titulo mi reparacion a todos los Obispos del Catolicismo, mi desobediencia  
al Papa, y la consumacion de mi alma. Estas eran las recomendacio-  
nes con que me presente en Ancenis, lugar de la residencia de los Obispos  
de Francia.

Esta Ciudad destinada a ser el teatro, en que debia ejercer  
mi extenal Ministerio, se hallaba conternada con habitantes huian  
de mi aspecto, y en todo silencio reprehendia mi delito. Con todo fuia la  
Catedral rodeado de las Guardias de la Municipalidad para consumar mi  
intrusion; y en efecto corone una ceremonia con el juramento. Las mi-  
mas paredes de ag.<sup>a</sup> Santa y venerable 1.<sup>a</sup> parecian reprehender mi au-  
dacia; pero yo no obstante vali de ella mas ciego y obstinado. Un genero  
de temor acompañaba los primeros pasos de esta mi desdichada conducta.  
El me inspiró ciertas explicaciones verbales, quando hice el primer ju-  
ramento; pero bien presto me dedine de semejantes preocupaciones. Femi-  
rario ya, luego pensivo, poco despues Cismático, y ultimam.<sup>te</sup> intruso, des-  
precio qdanto habia de mas sagrado y respetable, y de este modo fuí en-  
menguendome de abismo en abismo. Pero græs infinitas os rean dados  
Dios mio; Vos abristeis mis ojos a la luz, y mi corazon al arrepentim.<sup>to</sup> Dis-  
naos Señor, perfeccionar v<sup>ra</sup> obra, y pueba la humilde confesion de  
de mis faltas magnificar los ultimos beneficios de v<sup>ra</sup> misericordia  
La obstinacion en el Cisma me conducia a la heregia, debia destruir  
las impresiones mas vivas que la constancia inextinguible de casi todo el